

NIETZSCHE: UNA TEMPRANA TENTACIÓN

Roberto Quiroz Pizarro

A
Alicia
Por nacer

Στην
Αικατερινη Γυφτοπουλου
Αφιερωνεται

A MODO DE PROLOGO

La incorporación de nuevos lectores en el lejano horizonte de las letras griegas, se ha llevado a cabo hasta el presente, quizás con dificultades de variada índole. Tal vez como si nos pusiéramos en camino de viaje, pero al mismo tiempo sin que sepamos del todo, la forma de regresar hacia nuestras latitudes más occidentales. Ahora bien, aprovechando esta ocasión coyuntural del homenaje que se rinde a Kazantzakis, quisiéramos ofrecer en esta materia algo de cariz distinto. De acuerdo con lo expresado, dedicamos una breve parte de este artículo para presentar una semblanza semipoética de su pluma de escritor, con el ánimo de que los profanos participen en unos ritos de iniciación literaria, y descubrir por este medio a un destacado autor griego de nuestro tiempo. Por el contrario, a quienes están familiarizados con los nombres de Seferis, Kavafis, Elytis, Ritsos y otros poetas neohelénicos, pedimos su comprensión, habida cuenta de que nos hemos sentido en la obligación de darle una parcial orientación y un estímulo - una especie de carta de navegación - a los “nuevos lectores” que se aventuren por los paisajes interiores de este escritor cretense, quien fuera un digno descendiente del inolvidable Homero. A no dudarlo, Grecia Moderna pudo ver en Kazantzakis a una de sus más notables acrópolis del espíritu, pues de una sola vez su alma de poeta y la arcilla de su luz lo llevaron a decorar con un arte extraordinario la colina de las Musas.

I. Aniversario de la muerte de un escritor que pasó por el siglo, Nikos Kazantzakis (1883-1957)

En los últimos estertores del siglo XX, indudablemente, tanto la obra como la personalidad de Nikos Kazantzakis constituyen una de las páginas selectas que

emergieron en el movimiento universal de nuestra cultura. Sin embargo, tal notoriedad en el escenario mundial de las letras, no está exenta de paradojas y complejidad en alto grado. Cada vez que se busca evocar el tesoro de su proteica escritura, al instante nos damos cuenta de que literalmente quedaríamos sin aliento, sin logos, al pretender apresar la silueta de un alma tan laberíntica y preclara como la de Nikos Kazantzakis.

Ante nosotros han pasado cuatro décadas desde su muerte. La atracción que ha despertado su *literatura de sirena* constituye el testimonio directo de una *veneratio vitae*, una veneración por la vida cuyo último fulgor permite apreciar el triunfo humano de sus huellas. La trascendencia de hombres como Kazantzakis estriba en que erigen con grandeza el perfeccionamiento del individuo y la valentía del alma. A no dudarlo, es un mensaje que cala muy hondo en todos nosotros. Asimismo, dada la posición asumida por Kazantzakis, en su peculiar contraste de artista y pensador, cuando nos llega la hora de enfocar todo su apasionante quehacer de letras, tal labor no parece ser nada simple. Precisamente, desde aquella totalidad, muchos quisiéramos reflejar su fisonomía personal, o, al menos, insinuar parcialmente ese talante espiritual que lo condujo hacia la cúspide de sí mismo.

¿Quién fue Kazantzakis?

Un rapsoda del logos homérico que desde la tierra al cielo reabrió los horizontes de la grandeza a través de una desesperada búsqueda; un alma atormentada por la tragedia de los hombres, a punto de naufragar en las tablas podridas y los sistemas valóricos de un siglo XX deshumanizado; un espíritu con ardiente fe en el ascenso del hombre, que hace lo imposible para salvar un destino dramático; un artista cuya sabiduría griega, dolorosamente conquistada, le permitió tener una creciente conciencia de la vocación humana, que enfrenta con heroísmo el caos del alma y del mundo; un aventurero metafísico que no rechazó ni la búsqueda del silencio ascético ni la agitación febril del mundo, para desplegar su espíritu preñado de primicias y marolas. Seguramente, con el girar del tiempo, su alma griega -hermana de Ulises-, se transfiguró en un “mascarón de proa que navega, con todas las velas desplegadas, hacia lo imposible”.

En presencia de este prodigioso prójimo de nuestro siglo, cabe entonces preguntarnos: ¿Cómo debemos acercarnos a él sin perturbar nuestra visión ante el fuego de su alma? ¿En cuál de los siete cielos tendremos que ubicar su espíritu de multiluz? ¿En qué ángulo deberemos enfocar su alma para no alterar la asimetría total de su inspiración? Cuestiones de esta naturaleza nos persiguen, en verdad nos acosan, toda vez que nos aventuramos hacia Kazantzakis, una especie de continente

perdido, en el que quisiéramos respirar a fondo la atmósfera íntima de su doble creación, semipoética y semifilosófica.

De modo muy preliminar y adivinatorio, quisiéramos manifestar la sospecha de que la personalidad de Nikos Kazantzakis, por cierto una personalidad inseparable de su obra, tuvo que haber sido forjada por la mano mitológica de algún dios griego, puesto que su vida no fue sino constante *hambre divina*, una desbordante *pasión griega*, que nos encandila en todos sus rostros: pasión de estudiar, pasión de viajar, pasión de escribir; pasión de vivir al límite de lo humanamente alcanzable; pasión por abrazar a los espíritus iluminados de todas las épocas, aunque para ello fuese necesario navegar entre el *Oriente Místico* y el *Logos Occidental*; pasión por reencantar las búsquedas del florecimiento individual y los mitos proféticos de liberación. Sin duda, es el nítido resplandor de esa *pasión* lo que nos induce a pensar que Kazantzakis parece un cometa sintiente, que gira dentro de otros cosmos, un sonido envolvente que se expande en la gran música de lo maravilloso.

En su extensa obra, el escritor cretense quiso utilizar el conjunto de las visiones y de los nombres que la filosofía y la poesía, intentan darle a la realidad del hombre y sus misterios. Para tal objetivo, tuvo que revitalizar la imagen paradigmática del *semidiós*, del *superhombre*, que vive siempre en el éxtasis de la tragedia y del heroísmo. Gracias a esto, ninguno de los materiales humanos recogidos por su pluma, ninguno de los instrumentos utilizados, ninguna de las inspiraciones que acogió de otras almas proféticas o iluminadas - destaquémoslo -, ninguno de tales elementos pudo desvanecerse o desintegrarse dentro de su testamento escritural. Por el contrario, todas sus piezas de creación llegaron a configurar una especie de *realístico cromatismo del alma*, una *catedral del espíritu*, que en sí misma podía concentrar la totalidad de los matices humanos y sobrehumanos. Y con tales aleaciones de épocas, conciliaciones de opuestos, entremezclados mundos, ideas y profetismos, la obra de Kazantzakis bien nos hace pensar en el fino arte de los palimpsestos, es decir, de aquellos manuscritos raspados sobre los que se escribe en forma superpuesta. Mejor así, arte sublime, pues en el caso de su alma homérica, este griego logró lo imposible: que ella misma se expandiera como un pergamino original, en el que se deberían conservar todas las improntas, todas las agonías personales y las aventuras del espíritu.

Las genuinas voces del *poeta cretense*, las búsquedas indeclinables del *filósofo ateniense* y los laberintos insondables del *pensador griego*, todos ellos, en conjunto, se plasmaron en la *personalidad* de Kazantzakis como una poliédrica sustancia de extrañeza y de maravilla ante el universo y la vida del hombre. Naturalmente, la germinación de su escritura nunca significó la simple articulación de un arte preciosista e impregnado de la magia del logos; ni quiso manifestarse como la "relojera-cerebro-dependencia" del oficio, con todas sus saludables virtudes; ni tampoco intentó ser la mera transfiguración de la realidad humana en ficción. Por el

contrario, su personalidad de escritor se revistió emblemáticamente a sí misma con el imperativo nietzscheico, el cual prescribe “*escribe con la tinta de tu propia sangre*”, y en donde el arte de la palabra se transfigura en el arte mayor: dar libre expresión a la naturaleza profunda de cada uno, y, así, precisamente, decantar el juego del espíritu vivificante sobre las altas y bajas mareas que cubren la *frágil odisea del hombre*.

Naturalmente, acercarse a la textura literaria de Kazantzakis es una experiencia de plenitud renovadora, gotas de luz para nuestros cansados espíritus de la modernidad. Meditar en su policromática obra ha sido para muchos de nosotros, una forma de superar la indigencia interior que últimamente nos tiene orientados hacia un callejón sin salida. Sin embargo, a pesar del mayor esfuerzo que hiciéramos por justificar nuestra simpatía, jamás las palabras de comentarios tendrían la suficiente transparencia para iluminar un alma como la suya. Solamente, quienes tengan bien dispuesto el ánimo para navegar sobre el oleaje de su creación literaria, podrán así palpar algunos atisbos de su mítica alma, siempre inquieta y buscadora de caminos.

Por otro lado, no cabe duda de que a cuarenta años de su desaparición, este griego continúa viviendo entre nosotros, rodeado de admiración. ¿Por qué? Esencialmente porque su pensamiento, poesía, filosofía, “permiten medir el esfuerzo de espiritualización de que es capaz el hombre, lo que puede cuando ha decidido alcanzar lo que no puede y su alma se ha tendido al extremo, como un arco a punto de romperse”.¹

Un intento legítimo, y a la vez siempre inacabable, discutible, es el que pretende perfilar las dimensiones de la “cosmoteoría” apuntalada sobre el amplio corpus kazantzakista. Problemática de no menores proporciones, es la de auscultar en Kazantzakis su *metafísica lírica*, su *metafilosofía* enraizada sobre diversos laberintos y escenarios, los cuales van desde los primeros filósofos mañaneros hasta el círculo de la filosofía existencialista, en el siglo XX. En su multifacética cosmoteoría no se deberían desglosar dos mitades de constelación: resultaría una imprecisión suponerse que su línea evolutiva de horizontes y búsquedas (paganismo, budismo, cristianismo, patriotismo, mesianismo, quijotismo, unamunismo, nihilismo, leninismo, bergsonismo, nietzscheismo, humanismo, existencialismo, etc.) puede desligarse sin más de los pliegues de su creación poética, tan amalgamada de visiones y personificaciones valorativas, como la belleza, pasión, heroísmo, aventura, grandeza, pulcritud, libertad, responsabilidad, ascenso, coraje existencial, proeza del hombre, etc. Sumado al énfasis general de tales consideraciones, en medio de todo ello aparece el sortilegio de una personalidad excepcionalmente humana y en extremo dotada de una especial sensibilidad para lo místico, lo profético, las visiones, los éxtasis, los sueños. En

1 M.L. Bidal-Baudier, Nikos Kazantzakis: *Cómo el hombre se hace inmortal*, trad. anónimo, Ed. Planeta, Barcelona, 1974, p. 12.

una palabra, los vaivenes filosóficos y las ecuaciones de creación, deben ser estimados como los acordes profundos que nutrieron la encrucijada perenne a través de toda su vida.

Tal vez ahora, un poco más aclimatados a la lumbre de su alma y a su personalidad titánica, podamos dar libre rumbo a esa *temprana tentación* y develar en lo posible, algunos secretos ángulos de la *alianza multicolorica* y del *parentesco espiritual* que, a no dudarlo, envolvió las huellas de Nietzsche y Kazantzakis.

II. Una temprana tentación

Todavía en su etapa de juventud, Kazantzakis iba a ser tentado por el *demonio nietzscheico* para “vivir a seis mil pies por encima de la humanidad” y así darle a su alma un ritmo a la vez salvaje y sobrehumano. Naturalmente, en el escritor cretense, una juventud tan espectante de mundos y de heroísmos como la suya, representó una posibilidad para beber sorbo a sorbo los desafiantes versículos de un evangelio no religioso de salvación, y descubrir un escenario vital de nuevas esperanzas para el hombre. Con toda razón, tal espíritu de juventud se apasiona hasta el aniquilamiento y siente que sus manos son capaces de sostener al mundo entero. Como Nietzsche, también el joven cretense experimentaba el deseo de crear un nuevo orden y no dudaba de sus propias fuerzas. Sin embargo, si el alma de Kazantzakis pudo respirar a fondo la atmósfera nietzscheana -semejante a unas encantadoras flores de juventud-, los frutos maduros en definitiva incubados en él, le proporcionaron un estigma espiritualmente nietzscheico: un *talante épico* o heroico para enfrentar la vida. Es necesario hacer aquí una observación prudencial respecto del “entusiasmo” de Kazantzakis por la figura controversial de Nietzsche, puesto que sin los arrebatos de juventud la verdadera madurez no puede llegar a plenitud. Podría verse en todo ello un grado de aproximaciones en la propia naturaleza de cada cual y pensar que en el caso de Kazantzakis, su temperamento vital obedecía no a una influencia directamente nietzscheana, sino a un despliegue necesario de su compleja y sensitiva personalidad².

En principio, no quisiéramos desacreditar las nociones de influencia y de paralelismo espiritual, y si acaso hablar de ellas en conjunto fuese un error - un error del que valga la pena tratar, por supuesto -, sería naturalmente indiscutible pensar que todo error encierra una cierta verdad y que, en última instancia, el error no es

2 Muy interesante es el artículo de Olga Omatos “La compleja personalidad de Nikos Kazantzakis. Sus raíces”, *Erytheia*, Revista de Estudios Bizantinos y Neogriegos, N° 16, 1996, pp. 169-189 (Madrid).

sino la alteración gradual de la verdad. En realidad, parece ser un asunto muy ramificado el tratar de aclarar el *efecto seductor* que ejerció el filósofo y poeta alemán. Un comentarista griego extrema la situación al afirmar que “si Nietzsche no hubiera existido, él (Kazantzakis) lo habría inventado”.³ Y otro comentarista, Pandelís Prevelakis, el más autorizado crítico del corpus kazantzakista, elabora una lista de *profetas* que ocuparon el pensamiento y la pasión del escritor cretense. En estas figuras arquetípicas se han vertido necesariamente, tanto los *desvelos filosóficos* como los *diálogos espirituales* que sacudieron la personalidad de Kazantzakis en cada etapa de su vida y de su creación artística. Entre aquellos profetas figura Nietzsche junto a otros más.

¿Por qué Nietzsche?

En una curva del tiempo, exactamente a los veinticinco años, apareció Nietzsche como una inevitable “trampa del destino”. De la tentación de seguir al *demonio nietzscheico*, Kazantzakis pasó a dejarse inspirar por el nuevo profeta que representaba una severa revisión a fondo sobre el diario vivir. Luego de su encuentro con la figura de Nietzsche, Kazantzakis escribe: “Tuve vergüenza de mi vida floja y ordenada, que no se atrevía a quemar los puentes detrás de ella y entrar totalmente sola en el extremo valor y la extrema desesperación”.

¿Por qué Nietzsche?, es el peldaño que debemos ascender.

En el caso de Kazantzakis “joven”, puede pensarse que por instinto, complicidad, pasión, admiración, mirada crítica, armonía apolínea, encanto secreto, amargura heroica, grandeza profética, extrema liberación, embriaguez dionisíaca, fe hasta el martirio, pulcritud de alma..., porque cuando nos proponemos auscultar la *conciencia intacta del hombre* nos dirigimos a aquellos espíritus que, como el de Nietzsche, están acostumbrados a no jurar en las palabras de ningún ídolo y a contemplar las realidades por ellas mismas.

Desde sus escritos de juventud, Kazantzakis nos expresa su confianza en la irradiación humana de tal profeta. Poco a poco, toda su apasionada lectura bien parecería el gesto ferviente de un afanoso pescador, que arroja sus salobres redes de esperanza sobre los rincones abisales del palpitante mar: naturalmente, ese océano para el joven cretense se llamaba Nietzsche.

Atracción, piedad, exaltación, regocijo, admiración, reconciliación, consolación: ¿cuál cadena de palabras nos haría presente la decantación maravillosa

3 N. Vretakos: *Nikos Kazantzakis: I agonía tu ke to ergo tu* Nikos Kazantzakis: su agonía y su obra, Atenas, 1960, p. 127.

que tendría en Kazantzakis el enigma irresistible de ese demonio nietzscheico?, *daimon* cuyos cánticos de nuevas auroras siembra una turbación de gritos irreconocibles en los corazones de los hombres!

¿Por qué Nietzsche? ¿Por qué de la *tentación* a la *inspiración*? ¿Por qué exponer su alma a la santa locura de aquel profeta desterrado de toda la tierra?

A menudo, la palabra severa, la proclama desafiante del demonio nietzscheico más bien parece el último tramo de una soga abruptamente cortada justo encima de un abismo perturbador. Así lo experimentaba también Kazantzakis, quien para esencializarse necesitaba alterar las aguas quietas, llegar al vértigo de sus fuerzas, poner al alma en plena tensión y orillar la frontera del abismo. Y era claro que los rastros espirituales de Nietzsche lo conducían nuevamente al descenso por la *caverna platónica*, pero ahora sin trucos ni consuelos demasiado humanos, sin ídolos o fuegos concéntricos que pudieran, en parte, atenuar la cortina de las sombras. Definitivamente no. Con el “filósofo del martillo” nos hemos quedado solos y rodeados de sus mismas vacilaciones y paradojas.

Ensayemos otra vía más intuitiva de aproximación. Dado su fervoroso peregrinar de juventud hacia el encuentro con el *daimon* nietzscheico, quizás el propio Kazantzakis nos podría responder con algunos versículos del evangelio zaratústrico. Y si ahora le preguntáramos directamente: ¿Por qué Nietzsche?, entonces su respuesta brevemente rezaría así:

(Porque) “*quien combate contra dragones acaba siendo como uno de ellos*”.

(Porque) “*después del caos viene la serenidad*”.

No olvidemos que con frecuencia, Kazantzakis necesitaba combatir contra dragones y desafiar los rostros del caos para ennoblecer la arcilla del alma. Por cierto, se trataba de mantener al rojo vivo una especie de clima espiritual, arcoiris de experiencias renovadoras. Pero así también, de cierto modo imperceptible, casi como la brisa primaveral que desnuda la mística danza de las flores por los aires, asimismo la juventud de Kazantzakis se posesionó de las tempranas claridades de la música nietzscheana, ya sea en la frescura de nuevos pergaminos para la humanidad, o bien en el mítico sueño del hombre como héroe o semidiós de la tierra.

¿Por qué Nietzsche? La pregunta nos acosa todavía más; y a tientas nos aventuramos poco a poco, desde la oscuridad hacia la luz. Un esfuerzo de variados y máximos ángulos se requiere - como ya lo hemos notado- a la hora de medir el impacto meteorítico o de la tentación-inspiración que Nietzsche insufló en la insaciable y buscadora alma del escritor griego. Dimensionar tales improntas sobre el horizonte espiritual es, por cierto, un sostenido esfuerzo de marcados y zigzagueantes contrastes. Quizás nos haría falta aquello que el propio Kazantzakis

creó y que se ha llevado con su espíritu. Nos referimos a la *Mirada Cretense*. Pero ante el imperativo que hace largo rato nos hemos propuesto, ya no podemos desoír las palabras e inquietudes de este escritor y pensador, al mismo tiempo hijo de Grecia. Por lo que ahora, revestidos con la debida modestia, trabajaremos en clarificar nuestra perspectiva respecto de esas dos almas y, quizás mejor, en intuir la cicatriz espiritual que el daimon nietzscheico dejara en el corazón combativo de Kazantzakis. Naturalmente, nuestra labor es mínima, apenas el fuselaje de base, el esbozo inicial de una cadena conceptual que es muy vasta.

En general, de estas primeras impresiones, quizás puede señalarse que el grueso de la doctrina nietzscheana pudo tener para Kazantzakis una doble connotación complementaria. a) Primero, reconocer que en esa doctrina existía una cantidad de elementos que parecen forzados, de medidas hiperbólicas, y que debían cuestionarse o dejarse entre paréntesis. b) Pero en segunda instancia, reconocer que también existía una cantidad similar o aun mayor de elementos que, a pesar de todas las críticas, era necesario conservar. El conjunto de lo hasta ahora señalado nos sitúa frente a una consideración de fondo y de amplias dimensiones por enfocar.

Dentro del corpus kazantzakista y en la diversidad de sus pliegues interiores, se patentiza una cierta orientación vital y filosófica de la que Nietzsche fue promotor. Una y otra vez, Kazantzakis se siente cautivado por la personalidad del escritor alemán. Al esquematizar tales figuras y fuerzas de atracción, se deberían al menos considerar los siguientes enunciados:

A) No se puede desconocer que Kazantzakis desde su juventud tuvo una perfecta conciencia de poseer una sensibilidad especial, una *sensibilidad epopéyica*, que confunde los ímpetus del presente con las dimensiones etéreas de un glorioso porvenir humano. Al igual que la labor de Nietzsche, también Kazantzakis participó de la miseria de su mundo, vislumbrando sin tregua los estragos de la turbia marea humana, cuyo rumbo perdido atraviesa la noche de los siglos. Asimismo, ambos quisieron en sus obras remendar las débiles hebras del mosaico humano y auspiciar un futuro más enaltecido para la semilla del hombre. Señala Bidal-Baudier que una de las preocupaciones principales de Kazantzakis se manifiesta en querer “romper la red de costumbres cómodas, las formas sociales que encarcelan al alma, la apagan...”, puesto que “despreciaba las instituciones sociales, el conformismo, la rutina...” En todo caso, aunque entre los espectros que más asediaban a Kazantzakis estaban “los medios de avasallamiento de que dispone la sociedad para volver a la medida común a quienes tienen la audacia de querer apartarse de ella”,⁴ esto, sin embargo, no debería inducir a reconocer en ello una “voluntad anarquista”, sino más bien a un deseo de mayor individualidad.

4 M.L. Bidal-Baudier, *op. cit.*, p. 82

Una observación se impone ya: a los ojos del joven cretense, tanto la vida como la expresión filosófica de Nietzsche se manifestaron como un verdadero ejemplo de la aventura humana. “Al principio me asustó; nada le faltaba: la impudicia y la presunción, un espíritu indómito, la cólera de la destrucción, la ironía, el cinismo, la risa impía; todas las garras, los dientes y las alas de Lucifer. Pero su cólera y su orgullo se habían apoderado de mí; el peligro me había embriagado; y yo me zambullía en su obra con pasión y espanto, como si penetrara en una selva susurrante llena de fieras hambrientas”.

Así, en el demonio nietzscheico, Kazantzakis encontró ecos a su propia e inquieta sensibilidad. La fascinación por esta figura no se hizo esperar, porque el filósofo del martillo también participó de su tiempo adverso y con mirada heroica avizoró un porvenir. En Nietzsche, la soledad de su alma avanza paralelamente con su resistencia al espíritu de la época. Y sobre tales personalidades nunca deja de caer el eterno estigma de Caín: “El espíritu temerario que se interroga sobre el destino humano y que se permite volver a poner todo en causa, no puede provocar más que inquietud, sospecha o alejamiento alrededor de él”.⁵ Nietzsche es de esos hombres de mirada crítica y subterránea, y, por ello, sabe que aquellos pronunciamientos sociales y tan preocupados por el hombre, han sido efectuados a partir del tipo medio, común, normal, es decir, desde la unidimensionalidad. Como filósofo del martillo, cuestiona toda esa política conservadora. Muy conmovido asiste al incubamiento de la decadente cultura occidental, la cual se revela en una amplia sintomatología: hastío de la vida, ausencia de pluralidad, desasosiego ante la originalidad individual, pesimismo, moralidades intervenidas por el temor y la consolación, nihilismo, falta de fe en sí mismo, carencia de toda perspectiva, estados de sojuzgamiento personal, obsesión por la vida futura al estilo de las religiones, etc. Sin embargo, la crítica nietzscheana tiene el mérito suficiente para vislumbrar que, precisamente, desde esas condiciones de la decadencia se puede suministrar el material humano para forjar a los Zaratustras, los Ulises, que serán fieles ante el paraíso de la tierra.

Nietzsche cuestiona los ámbitos de la cultura imperante y deja al descubierto sus sinrazones y debilidades, las cuales, lejos de acallar sus sospechas, acaban articulándose en denuncia y protesta. De este modo, casi como una brava tormenta de días y noches, iba actuando en el espíritu juvenil la seducción nietzscheana. Kazantzakis reconocía en Nietzsche al hombre que mira resueltamente en el espejo convulsionado del presente, pero también descubre al Nietzsche disidente y visionario, que, como un verdadero sismógrafo, registra en sus palabras los temblores todavía no observados, esos movimientos del espíritu en busca de grandeza y liberación. Pues bien, Kazantzakis desde su bullente juventud reconoció la tremenda veracidad del grito nietzscheico, como un multifacético exponente de la encrucijada

5 Ibid., p. 224.

humana, de continuo tan amenazada y privada de sus virtudes y conquistas. Escribe Kazantzakis: “Y en verdad, su pensamiento es una danza dionisiaca, un himno que se eleva recto y triunfal en el instante más desesperado de la tragedia humana y sobrehumana”. “Es un alimento de león el que me había dado Nietzsche en el instante más decisivo, más hambriento de la juventud; me llenó de vigor, ya que el hombre contemporáneo, tal como había llegado a ser, era demasiado estrecho para mí...” Refiriéndose siempre a Nietzsche, anota Kazantzakis: “Era menester que crearas (Nietzsche) una nueva obra; tengo el deber de crear, pensabas, para predicar a la humanidad el nuevo Evangelio. ¿En qué forma? ¿Acaso como sistema filosófico? No; el pensamiento debe verse con lirismo. ¿Una epopeya? ¿Profecías? Y de pronto la figura de Zaratustra resplandeció en tu espíritu...”

Finalmente, destaquemos que en ambos, en Nietzsche y en Kazantzakis, se dio esa extraña duplicidad de ánimos tanto para enfrentar y substraerse a la podredumbre de lo presente como para instaurar puentes de iluminación hacia fines más nobles para el hombre. “A la pureza del profeta, une el ímpetu. Un ímpetu que nada puede quebrar, ni la indiferencia de sus semejantes, ni la dulzura de los apegos, porque persigue fines cuya grandeza sólo él conoce: Kazantzakis quería ser profeta en un tiempo en que Dios sólo parecía ausente, las civilizaciones derrotadas, los hombres empantanados en lo cotidiano...”⁶. Por su parte, señala Nikos Athanasíou: “Cómo no aplicar a Kazantzakis la frase que él mismo escribió sobre el “Gran Mártir” (Nietzsche): ‘El encierra toda la agonía y la contradicción de nuestra época atormentada, toda la sed tantaliana de la verdad’”.⁷

B) Aunque el brebaje nietzscheico provocó estremecimientos y angustias en Kazantzakis, también es cierto que lo ayudó a enfrentar sus etapas de crisis en las concepciones de mundo. “Por fortuna, la figura espiritual de Nietzsche fue descubierta por Kazantzakis precisamente en la etapa juvenil de su vida..., y en palabras del escritor griego, en el momento *más crítico y más anhelante*. Nietzsche arribó al alma del joven cretense cuando éste estaba experimentando la explosión de su *perspectiva cristiana* del mundo, y le era necesario buscar una nueva plataforma filosófica adonde trepar. En gran medida, el impacto nietzscheico sobre Kazantzakis y su obra se inició bajo una doble situación, sensitiva y vital, en la que necesariamente se desatarían las espesas brumas de la duda, la desconfianza y el deseo de desenmascarar la falsa conciencia de los hombres: estados emergentes de las viejas estructuras y credos sociales, culturales, masivos y psicológicos”⁸. Y este demonio nietzscheico, ¿hasta dónde había avivado el fuego de la purificación? Precisamente

6 Ibid., p. 56

7 Nikos Athanasíou “Introduction” a N. Kazantzakis, *Théâtre*, Ed. Plon, París, 1979, p. 10

8 R. Quiroz Pizarro, “Kazantzakis y el Gran Mártir: Nietzsche”, *Byzantion Nea Hellás*, N° 11-12, 1991-1992, p. 245 (Santiago).

hasta que las llamas tocaran el cielo babélico de la oscuridad. Kazantzakis lo sabía con estremecimiento: este demonio había proferido una encarnizada crítica contra la cultura occidental, paradigmáticamente sobre el cristianismo, el que es identificado como uno de los males modernos. ¿Por qué? Porque la doctrina cristiana ha conducido a una desvalozarización sistemática de la vida y de este mundo en favor de una existencia próxima; y mediante ese desdoblamiento, el hombre ha desarrollado una falsa espiritualidad. Nietzsche, además, fue plenamente consciente de que su mensaje crítico surgía en una época de vacío moral y espiritual. Con arrebatos extremos, quiso revertir esa situación de crisis y ruinas, y dispuso en todo momento de su filosofía del martillo para desenterrar las causas históricas y psicológicas de tal vacío existencial. Intentó desenmascarar los falsos ídolos que aspiraban a desempeñar el papel de la nueva moralidad y sus valores. Por último, a su manera, también quiso trascender los intereses ocultos y las limitaciones de los sistemas éticos habidos hasta su época, proyectando proféticamente nuevas formas de vida.

Con prudencia observemos estos matices, puesto que Kazantzakis no transita desde un quiebre con el cristianismo hasta llegar a convertirse, de golpe, en un converso nietzscheico. Como siempre en el desarrollo conceptual y perspectival de Kazantzakis, existe continuidad. El nietzscheísmo, por tanto, no fue un cambio abrupto, desmedido, sino que fue un puente necesario de convicciones intelectuales y estímulos espirituales ya manifiestos. La ilustración desmitificadora había desvirtuado algunas antorchas al interior del laberinto cretense; el cristianismo imperialista había herido a Apolo; Cristo había vencido al becerro de oro; y Zaratustra había destronado al pescador nazareno. Aunque más adelante Kazantzakis seguirá descubriendo naturalezas de nuevas perspectivas y figuras iluminantes de su cosmoteoría, lo cierto es que en todos esos episodios lo acompañará la *radiación nietzscheana*.

Señala Kazantzakis: "Poco a poco, sin tener en mi espíritu la menor conciencia de ello, las dos figuras, Cristo y el Anti-Cristo (Nietzsche), se confundieron". Y en un texto anteriormente visto: "... ya que el hombre contemporáneo, tal como había llegado a ser, era demasiado estrecho para mí, y también Cristo, o al menos lo que se había hecho de él". Por un lado, está la figura en crisis de Cristo, pero también la del Dios cristiano. Y así escribe: "Y tú, cobarde, vas a emborracharte a hurtadillas en las tabernas de la esperanza, en las iglesias; tú te doblegas y adoras al Nazareno, tú tiendes la mano y mendigas: "¡Señor, sálvame!". "¡Ah! - clamaba yo, indignado - , ¡religión taimada que traslada las recompensas y los castigos a una vida futura, para consolar a los esclavos, a los cobardes, a los oprimidos, para que puedan soportar sin gemir esta vida terrena...!" Y en otro texto agrega: "Hasta entonces, habíamos confiado el gobierno del mundo a Dios; ¿había llegado al hombre su turno y debía asumir la responsabilidad? Creemos un mundo... con el sudor de nuestra frente. Un viento de presunción, una presunción digna de Lucifer, había soplado sobre mis sienes" - ahora que brillaban los mandamientos nietzscheicos, se podría puntualizar.

Quien deambule por los textos nietzscheicos, especialmente observando su crítica a la religión, y se aproxime enseguida a los escenarios cristianos de Kazantzakis, apreciará que por varios rincones existe una remembranza de esos juicios críticos, tras pasados ahora en escala personal a la vasta obra kazantzakiana. Inclusive habría que considerar que es entre el cristianismo eclesiástico y la crítica iconoclasta de Nietzsche, en donde irrumpe la sensibilidad artística y mística de Kazantzakis. Asimismo, exactamente desde este clima deberíamos vislumbrar cuál o cuáles son las posibles salidas o la orientación filosófica con que Kazantzakis quiere tratar tales temas ante sus lectores cristianos y no cristianos. Expuesto apretadamente, el reproche medular que el demonio nietzscheico hace del logos cristiano es que éste encierra al hombre en sí mismo. Las estructuras del cristianismo acaban por obsesionar al hombre, al individuo consigo mismo y con su salvación escatológica. En tal sentido, la crítica se apoyaría en los rasgos peligrosamente antropocéntricos desarrollados al interior del cristianismo. Del mismo modo, Nietzsche observa en el cristianismo la presencia de una moral de esclavos, en donde la noción de esclavitud no remite en definitiva a nociones sociológicas, sino principalmente a sus aspectos genealógicos. Nietzsche escruta muy a fondo al hombre e intenta desarrollar la genealogía de su voluntad, interioridad o conciencia. Así descubre que la voluntad esclava o débil es precisamente aquella que no puede soportar la desigualdad entre los hombres, la distancia, la diferencia, la alteridad. Entonces, el terreno de nacimiento del cristianismo es justamente la voluntad de los esclavos, los cuales promueven para todos los hombres una “imagen paradigmática”, aseguradora, antropocéntrica de Dios. Así es cómo en el cristianismo existe un mecanismo reduccionista de lo divino: los hombres se dan a sí mismos una imagen de Dios humano, y, por supuesto, a los ojos de Nietzsche, muy humana, demasiado humana. Esto puede engendrar el fetichismo, puesto que es poner al hombre al centro de todo y sobrevalorarlo. Desde un lado, el hombre obsesionado consigo mismo, y del otro, un dios que está completamente vuelto hacia lo humano, a riesgo de empobrecer el reino de lo divino politeísta. Como resultado de todo esto es que Kazantzakis injertará su visión cristiana con el fondo crítico esbozado por el filósofo de la sospecha, Nietzsche.

Conjugada aquella crisis de la perspectiva cristiana del mundo con la reacción nietzscheana ante la desvalorización de la vida, ambos episodios producirán en el espíritu de Kazantzakis una sensación de vértigo dentro de sus especulaciones. Sin embargo, detrás de tales impactos, brotará una entrañable simpatía y admiración por la figura de Nietzsche y su profetismo zaratústrico, impregnado de nuevas agonías y duros combates.

C) Una ferviente atracción por la vida y figura personal de Nietzsche significó inmediatamente para Kazantzakis sentirse un discípulo o continuador de Zaratustra. Esta figura espiritual “le revelaba a un hombre que vivía las ideas trágicamente,

hasta el naufragio y la muerte”⁹. No perdamos de vista que para Kazantzakis - espontáneamente -, el valor de las almas se medía por el fuego pasional de que eran capaces de encender en ellas mismas. Entonces, no fue una extraña fascinación la que se despertó en el discípulo, puesto que a su juicio, en la existencia de hombre no común de Nietzsche se manifestaron a puerta cerrada, aquellas terribles escaramuzas entre la razón, atrincherada en las claridades de lo posible, y la pasión nocturna, aceptadora de lo imposible. “En todos los casos, Kazantzakis siempre sigue una sombra grandiosa y se identifica con ella, sea la de Nietzsche o sea la de Cristo. Pero esta sombra no es más que la proyección agrandada de sí mismo; y en la pupila de los ojos del gran Profeta (Nietzsche) es su propio rostro el que se ve”¹⁰. Kazantzakis nos confiesa: “Heridas profundas y benditas las que Nietzsche abrió en mí y que los misteriosos brebajes de Bergson no pudieron curar; las aliviaban un instante, pero pronto volvían a abrirse y corría la sangre. Pues en lo más profundo de mí mismo, lo que yo deseaba, mientras duró mi juventud, no era la curación, sino la herida”. Aquí se nos aparece una imagen inverificable del todo, pero sí muy intuible: mientras Kazantzakis penetraba en esa “selva susurrante” -al entreabrir las escrituras nietzscheanas lejos del mundo conocido-, ¿qué cadena de ecos juveniles habrá escuchado en su calidad de discípulo emocional? Y nosotros, testigos solemnes de esa fascinación, quisiéramos aventurarnos sobre dicha música con tonalidades de poesía. “Así hablaba Zaratustra” al alma de Kazantzakis:

*Tú, hermano espiritual,
 quienquiera que seas;
 tú, el del alma indómita
 y solitariamente pura;
 tú, que tienes necesidad de posar
 esa alma en cumbres soleadas;
 tú, que sueñas con algo superior para el hombre
 y a quien el corazón se te comprime dolorosamente
 en el momento en que descubres
 tu miseria aún demasiado humana;
 tú, que en el secreto del alma
 has dudado de todo, incluso de tí mismo...
 ven ahora a dudar y a crear conmigo.
 Quizás estando juntos,
 la perplejidad se torne claridad...*



9 M.L. Bidal-Baudier, op. cit., p. 106.

10 Ibid., p. 107.

A los ojos juveniles de Kazantzakis -un discípulo emocional de Nietzsche-, lo que éste último representaba era un testimonio viviente de cómo enarbolar la tensión secretamente dramática de toda alma temeraria. Alma, que inmersa en su aspereza y calidez humanas, busca reconciliar *la vida trágica* con el deseo de *exaltar la medida del hombre*. Con toda razón, una parte de su alma juvenil se sintió identificada con las voces rebeldes y proféticas de Nietzsche, quien abarcaba las mismas heridas y los mismos tormentos que lo asediaron durante toda su vida. Para el joven cretense, el demonio nietzscheico representó muchos rostros y combates espirituales: naturalmente es el Zaratustra, aquel hombre santo perseguido, el pensador vilipendiado, el idealista despreciado; es un nuevo Job entregado a la acción pura y al misterio de un mundo absurdo; también es un Prometeo atado a su roca desesperante. El rostro de ese demonio también se confunde con el de Cristo en la cruz. Igualmente es parte de aquellos espíritus filosóficos y herejes sacrificados por los esbirros de la inquisición. En fin, el demonio nietzscheico bien pudo representar en Kazantzakis a todo aquél que sufre por una causa justa, a todo libertador que sucumbe por la humanidad. Todos estos rostros y gritos de lucha esgrimidos por el demonio tentador de Nietzsche, alucinaron al joven Kazantzakis y le proporcionaron un andamiaje ejemplar, en el posterior desarrollo de sus búsquedas personales.

La idea de un singular parentesco de Kazantzakis, en relación con una afinidad espiritual con Nietzsche, lo obsesionaba. Entre otras cosas, mantuvo la máscara de la muerte de Nietzsche clavada al dintel de su “celda” ateniense, abandonándola solamente al final de su vida, en diciembre de 1957. Luego, guardó su imagen envuelta en un paño rojo, como una simbólica proclamación de que ahora Kazantzakis se ponía al servicio de Lenin. Recordando una visita en 1923 a Naumburg, un período que fue de gran soledad y lucha psicológica, Kazantzakis confiesa con estremecimiento, “me temo que soy de la misma cualidad de Nietzsche. Ya lo veremos. Esperemos que yo no comparta sus dolencias”. Entonces, con todos estos antecedentes no debería sorprendernos si encontramos, más de una vez, el retrato y las inquietudes de Nietzsche pintados a lo largo de su inmensa obra.

Invadido a tal extremo por el grito de Zaratustra, y así de maravillado por su espíritu combativo y casándrico, Kazantzakis no tardará mucho tiempo en identificar a Nietzsche con los restantes rostros de sus guías espirituales de la humanidad. A la venerada lista de nombres se unirá la figura del filósofo errante alemán. En definitiva, es fácil adivinar que en Kazantzakis una actitud prometeica lo impulsaba a creer que el mundo puede caber en el hueco de la palma. Y, por eso, una y otra vez, ofrecerá su espíritu a los absolutos más punzantes y cruciales de la existencia humana: Homero, para iluminar las verades eternas; Ulises, para la aventura humana; Buda, para la liberación de las ilusiones; Cristo, para el amor de las creaturas; Dante, para el humanismo; Cristóbal Colón, para la proeza del hombre; Don Quijote, para la locura ideal; San Francisco, para la pureza; Bergson, para el vitalismo; Zorba, para

la celebración de la existencia; Lenin, para el impulso revolucionario; Tolstoi y el Greco, para la estatura moral; Nietzsche, para la superación y el combate. En tal estado de sumo respeto no fue extraño entonces, que Kazantzakis, conmovido y estremecido en tanto discípulo emocional del filósofo, lo “rebautizara” con fervientes palabras:

“¡Tal era tu corazón, oh Gran Mártir y padre del Superhombre! Vislumbré aún ardientes las gotas de tu sangre en todas las pendientes de tu elevado martirio”.

Y en otra parte señala: “Lo que más me emocionaba, oh Gran Mártir era tu vida trágica. Tu más grande enemiga, tu amiga más grande - la única que te ha sido fiel hasta la muerte - era la enfermedad”; “Había vivido con tanta fuerza la angustia de este Gran Mártir ateo, que mis antiguas heridas habían vuelto a abrirse al seguir sus huellas sangrientas...”

No de otra manera que como una visión sin sombras, resulta ser en el caso de Kazantzakis, el llegar a darnos cuenta del gesto puro y devoto que infatigablemente tributaba su corazón a las almas apasionadas, trágicas y combativas. Veamos una de sus confesiones al respecto: “25 de agosto. Inmensa, muy amarga cronología en el calendario de mi corazón. En donde sea que me encuentre, este día lo dedico completamente a un hombre que he amado mucho en mi vida. A Nietzsche”. Y Bidal-Baudier señala que “de hecho, un hombre que había sufrido por una meta elevada suscitaba siempre en Kazantzakis una admiración infinita...” Y en el caso de Nietzsche, “este hombre, este guía, le daba valor y confianza en lo que deseaba ardentemente intentar sin atreverse”.

Y en sus últimas letras, de tonalidad muy confesional, leemos lo siguiente: “En el curso de mi vida, mis mayores bienhechores han sido los viajes y los sueños; muy pocos entre los hombres, vivos o muertos, me han ayudado en mi lucha. Sin embargo, si quisiera discernir los hombres que más profundamente han dejado su impronta en mi alma, nombraría a Homero, Buda, Nietzsche, Bergson y Zorba /.../ Nietzsche me enriqueció con nuevas angustias y me enseñó a amar la vida y a no temer a la muerte”.

Acabamos este punto, señalando una verdad constante en Kazantzakis: la pasión vital y el entusiasmo conceptual juntos, lo llevan ante todo a exigir esfuerzo y heroísmo de sus profetas. En el caso de Nietzsche, vida y doctrina, enarbolaban esas aspiraciones que positivamente podían reconciliarse con las propias tensiones y las secretas crisis, que desde su juventud atormentarán a Kazantzakis.

D) Llegamos a un entroncamiento nodal de la marcha ya iniciada, puesto que como un cauce de atracciones fecundas, converge aquí el *cuero literario-doctrinario* y el *proyecto de liberación y elevación del hombre*. Por cierto, un proyecto en el cual, en ambos autores, subyace la piedra filosofal de sus propias búsquedas y más

cruciales escaramuzas. Váleriy audazmente proclamaba que “el hombre es loco por lo que busca; grande por lo que encuentra”. De acuerdo con tal verdad, nos proyectamos con prontitud sobre el alma de Kazantzakis y, naturalmente, quisiéramos indagar ¿a qué combates espirituales lo condujeron sus búsquedas?, ¿qué abismos interiores encontró su mirada? Aunque las respuestas no parecen tener una medida humana, la exuberancia de su alma nos permite entrever, al menos, sus mayores hitos y escarpadas cumbres. Muchos comentaristas del corpus kazantzakista parecen haber tropezado con estas dificultades. “Kazantzakis llevó estos combates en tantos frentes y en tantas direcciones a la vez, que es difícil determinarlos; con un poco de perspectiva, aparecen como una sola tentativa gigantesca, sobrehumana, al servicio de la cual todas las energías de su ser se pusieron a la obra”¹¹. En lo tocante a esto, un contemporáneo griego se refiere a Kazantzakis en los siguientes términos: “Este hombre singular, monje, asceta, limitó las alegrías de su vida ‘al viaje bullente y a la celda muda’. Su vida estuvo siempre llena de ascensiones y caídas, seguidas de nuevas subidas, de contradicciones y palinodias. Las palabras de orden de su vida fueron: deber, responsabilidad, sacrificio, elevación, lucha, cumbre...”¹². Una visión semejante es la expresada por el profesor César García Alvarez, al referirse al círculo de estos elevados espíritus - Unamuno, Nietzsche, Kazantzakis - que “creen en el ascenso y la voluntad de camino”, (puesto que) “así se hace el hombre más allá de su ser de hombre. Teoría de itinerarios ”(de grandeza, liberación, etc.) “es la de estos hombres”; (también) “lo son las figuras que ellos literariamente crearon”: (asimismo), “el caminar de sus vidas fue una pasión de descubrimiento”¹³. En otra parte del mismo trabajo, se señala que “Nietzsche creó la ideología; Unamuno y Kazantzakis crearon los nuevos personajes de la nueva historia. Nos hallamos ante tres filósofos heterodoxos de la cultura”. Vemos que para estos espíritus heroicos, “el nuevo camino será, en consecuencia, no el de las “sumae”” - o grandes síntesis del pensamiento de una época -, “sino el de la literatura que pone en existencia concepciones de vida”.

A estas alturas del bosquejo vital y conceptual, todo muestra que Kazantzakis era de los hombres que intentan escudriñar la mayoría de las rendijas de lo Invisible, las últimas realidades, el misterio del abismo; pero también era uno de los que necesitaban transfigurar su propia alma con nuevas energías. Obviamente, Nietzsche tenía poderosas semillas que ofrecerle.

Nada es exagerado: una y otra vez, como un reloj de arena que vierte sus

11 Ibid., p. 61.

12 C. Papadakis, “Principes metaphisiques et moraux dans l’Oeuvre de Nikos Kazantzakis” *Le Regard Crétois* N° 13, 1996

13 C. García Alvarez, “Dos itinerarios espirituales: Unamuno y Kazantzakis”. Véase el texto en este mismo volumen de *Byzantion Nea Hellás*.

gotas de juventud y edad viril en Kazantzakis, así este “buscador de caminos”, este “meditador desesperado”, probaba nuevos “materiales”, vías de acceso, perspectivas vitales, lucubraciones apasionadas, laberintos inacabados, planos de diversa elevación. Estos elementos inmediatamente pasaban al laboratorio de su alma, para ver si con ellos podía fraguarse con mayores ímpetus, el gran proyecto de su pensamiento: la fórmula de una nueva *metafilosofía* que era buscada por encima del juego de los sentidos físicos, de las verdades “objetivas” o de los fantasmas de la razón.

En este peregrinaje de fuertes influencias nietzscheanas, cada vez se agigantan más los puentes comunicantes de las inquietudes y pasiones que azotaron a estos dos “meditadores desesperados”: Kazantzakis pertenecía a la estirpe de los hombres que van en busca de la verdad con toda el alma; Nietzsche se inició en el irretornable martirio de los que se impusieron ascender siempre; y tanto uno como el otro, desde sus cumbres soleadas, anhelaron poseer la “visión única” de lo *humano-sobrehumano*.

Al modo de sentir de Kazantzakis, la figura espiritual del filósofo errante, claramente encarnaba dentro del amplio círculo de la greccidad heroica: un héroe justiciero, violento a veces; un aventurero y “lobo solitario”; un caballero andante y en guardia contra los tiranos de la tierra y las creaturas seráficas que engendran los mismos hombres. Un luchador y poseedor del “aidos”, la conciencia del honor y del deber para uno mismo. Kazantzakis admira este semblante de Nietzsche, el cual reside en una disposición para enfrentar la vida, en su manera de manifestar lo interior, en ese “daimon” cuyo llamado nunca es una fragmentación de sí mismo, sino un itinerario de pulcritud y artisticidad más escarpado para la conciencia. Con elocuentes versos, Kazantzakis ha retratado el cariz combativo y creativo de este gran profeta:

“¡Oh entendimiento, grande mártir, padre oculto
óyeme bien, a ti las manos alzo.
A la más alta palestra del éter precipítaste,
al corazón hirviente de la guerra,
escorpión fino con la cauda en alto!
Densas fogatas en torno a ti tremulan
y la noche, negra tigresa, las aviva.
Tu mirada, oh espíritu mi grande luchador,
en la extrema desesperanza liberada
a la muerte desprecia, y tu rojiza cauda,
plena de libertad, arriba salta
y entra en tu corazón, toda alegría...”

Y más adelante se enfatiza el anhelo de liberación humana hasta el vértigo:

“y Dionisio liberador reparte cartas
de libertad a dioses, hombres y animales...
...Asesino-de-dios, Akrita herido,
gemiste tú y yo te escucho y llego
cual un lebrél hambriento desde Creta:
Ha llegado el tiempo, álzate, capitán...”¹⁴

Un aspecto de la simetría filosófica entre ambos, es el que estuvo dado en la constante preocupación del poeta cretense por no deshonrar su alma y ascender siempre al pináculo de sus fuerzas espirituales. Este horizonte nos permite entrever de que modo la evocación hacia Nietzsche, quedó tempranamente plasmada en los años de estudio de Kazantzakis. Recordemos que aproximadamente en febrero de 1909, fue terminada la tesis doctoral en la que trabajaba, cuyo título fue “Federico Nietzsche en la filosofía del Derecho y del Estado”. Al respecto, señala Peter Bien refiriéndose a la tesis, “sin embargo, fue mucho más que un seco ejercicio académico; en verdad, podemos decir acerca de ella, como de mucho del otro trabajo que le impusieron circunstancias externas, que la emprendió de manera que pudiera definir su propia posición. El estaba buscando una concepción de la vida de acuerdo con la cual pudiese regular sus escritos y sus acciones. Esto lo vio como una obligación para sí mismo y para cada hombre”¹⁵.

“Superación del hombre”, “superhombre”, “fidelidad a la tierra”, “inocencia del devenir”, “eterno retorno”, “voluntad de potencia”, “combates contra los ídolos”, “muerte de los dioses”, “tempestad nihilista”, “afirmación de la vida”, “transfiguración de los valores”, “amor fati”, “serenidad apolínea”, “éxtasis dionisiaco”, “heroísmo trágico”, “pulcritud humana”, “expansión de la alegría”, “libertad creativa”, “responsabilidad impecable”, “sueños de grandiosidad”... He aquí algunas de las “visiones” con las cuales Kazantzakis, en indescriptible fascinación, iba de meditación en meditación, arrojándose al credo nietzscheico, en donde repentinamente su alma comenzó a ser iluminada por nuevos silencios, nuevos horizontes. “Este encuentro con Nietzsche dilató las fuerzas latentes en él: potencia y orgullo de la rebeldía, altas exigencias ante sí mismo, rechazo de cualquier consuelo, recreación de un mundo “que no deshonre su corazón””¹⁶. En el fondo,

14 Cfr. en este mismo volumen la traducción de Castillo Didier sobre este *Canto*.

15 Bien, Peter. *Kazantzakis Politics of the Spirit*, p. 35. Princeton University, 1989.

16 M.L. Bidal-Baudier, op. cit., p. 109

Kazantzakis se rendiría poco a poco al conjuro de esta *tentación-inspiración*, puesto que también en el mensaje nietzscheico, como en todos los de sus “guías de la humanidad”, palpitaba una misma aspiración profunda hacia la salvación, liberación y enaltecimiento de aquella llama que consume a las almas grandes: “No amo al hombre; amo la llama que lo devora”, dice un versículo esencial de Kazantzakis.

Los resortes creativos de la mente (filosofía) y los cantos dorados del corazón (arte), no dejaban a Kazantzakis abrazar una filosofía de letra muerta o de espacios reducidos. Habían quedado atrás la “bancarrota de la ciencia” y los “cristales rotos de la diosa razón”, porque bajo sus pesadas redes no podían amalgamarse dos ideas o valores fundamentales: la *responsabilidad máxima* del hombre ante sí mismo y un destino dificultoso con la *aceptación festiva* de la existencia, el “sí” a la vida. Envuelto entre tales tensiones existenciales es que Kazantzakis contempla el pensamiento nietzscheico - ese verdadero “himno que se eleva recto y triunfal”. Este pensamiento había logrado pasar el examen crítico ante sus ojos, principalmente porque la filosofía de Nietzsche nos abre una *vía intermedia* entre dos corrientes, en las cuales hasta ahora ha estado congelado el espíritu occidental: a saber, escepticismo y dogmatismo.

En una dignificante intención desde luego, coinciden las necesidades de esa responsabilidad y de esa aceptación de la vida: ambas cierran el círculo de la grandeza. En su vasta obra y en una pluralidad de enfoques y visiones, Kazantzakis continuamente insiste en el *ascenso del hombre*, empresa en la que se requiere del compromiso con la totalidad del mundo y de lo humano: en este exigente desafío, la aceptación de la vida, el deber propio y la responsabilidad máxima, necesitan alcanzar la misma magnitud.

Nociones como éstas los aproximan notablemente, porque para Nietzsche y Kazantzakis, la teoría y la praxis marchan juntas, hermanadas. En ambos autores se evidencia una repetida toma de conciencia de la responsabilidad humana. El cuadro que emerge es uno en el cual el individuo está privado de toda asistencia metafísica, dogmática, lógica. No hay ninguna autoridad sobrenatural a la cual el hombre pueda apelar. No hay ningún tipo de valor heredado sobre el cual los hombres puedan apoyarse. Por el contrario, el hombre-individuo debe modelar su propia esencia y destino por sí mismo y, de ser necesario, incluso, en completo aislamiento.

También ellos expresaron el rotundo “sí” a la existencia, a pesar del absurdo y más allá del dolor. Se aprecia que un mismo apasionamiento hacia la vida -casi violento- los llevó a esta preocupación principal. En el caso de Nietzsche, esto se lleva al extremo: él discutió con otras formas de pensamiento acerca de la pregunta de si es posible para el hombre continuar viviendo, en tanto no se crea en nada definitivamente, y donde el propio sentido se encuentre rodeado por la marea nihilista. Con fe de mártir, Nietzsche responde a esta inquietud de manera afirmativa. El “filósofo del martillo” lo hace basándose en una “sistemática” y descarnada negación -irónica también-, que lo hace en principio dudar de todos los convencionalismos e

ideologías. Esta crítica hiperbólica de lo tradicionalmente aceptado, lo conduce a la decantación del “superhombre” y de la “fidelidad a la tierra”. Como Nietzsche, asimismo Kazantzakis llegó a concebir la visión de que el hombre puede llegar a ser, al menos, un dios momentáneo, temporal, si acaso es capaz de aceptar plenamente la vida.

A propósito de una conversación sobre filosofía que tuvo con unos amigos en 1921, Kazantzakis anotó: “Mi fin no es hacer arte por el arte. Mi objetivo es encontrar un nuevo sentido (¿filosofía?) a la vida y expresarlo. Para llegar a eso hay tres caminos: 1) El camino de Cristo: inaccesible; 2) El camino de San Pablo (combinación del arte y de la acción: *Epístolas*), pero necesitaríamos un Cristo; 3) El camino del arte y de la filosofía (Tolstoi, Nietzsche). Yo escogí el tercero y es por eso que lo que escribo no será nunca perfecto desde el punto de vista del arte. Porque mi intención sobrepasa los límites del arte”.

Sobre tales perspectivas personales que Kazantzakis puntualiza epigramáticamente, se ramifica una especie de proyecto filosófico mayor, con aristas muy complejas aunque a la vez precisas: a) por un lado, se conjuga un *amor insaciable*, casi violento, por la vida y una pasión encendida hacia el hombre; b) por otro lado, está la idea de que el *hombre debe superar su destino*, rechazar su condición de tener que vivir a ras de superficie y, en consecuencia, a partir de aquí la gran orientación sólo puede ser la libertad; c) finalmente, estas preocupaciones tan absolutas por el hombre-individuo parecen querer ilustrar *lo que él puede*, quizás más que a decir lo que él es.

“A quienes nos solicitaran una definición de Kazantzakis mediante una imagen característica, yo propondría la del *torturado*, y no creo que el término sea excesivo para dar una idea de sus desgarramientos”, señala Bidal-Baudier. Es comprensible que muchos lo vean así, pues la naturaleza de su alma, tan atormentada con pensamientos insondables y una sensibilidad desbordante, empujaría inexorablemente a Kazantzakis a ensayar una y otra vez, a desvelarse en cada rincón vital para romper el duro cascarón de la realidad. Por siempre la tierra había producido mitos, teorías, religiones, sistemas, credos, doctrinas, tablas de valores y muchos otros granos de salvación... Pero Kazantzakis estaba solo en su combate... En su tesoro personal quedaban algunas imágenes paradigmáticas: sabía al menos que el *Gran Mártir* había creado a Zaratustra, en el cual consolarse. Entonces, ¿qué haría su alma de “mirada cretense”? Escribe:

“Mi juventud no había sido más que angustias, pesadillas e interrogantes; mi edad viril, sólo respuestas abortadas. Miraba las estrellas, los hombres, las ideas, ¡qué caos! ¡Y qué angustia cazar entre ellos a Dios, el pájaro azul con garras rojas!. Emprendía un camino, lo seguía hasta el fin y encontraba un abismo; volvía sobre mis pasos, espantado, y tomaba otro camino, para hallarme otra vez ante un abismo;

recomenzaba la huida, luego la marcha y bruscamente veía, abierto ante mí, el mismo abismo. Todos los caminos de la razón llevaban al abismo. El temor y la esperanza: entre estos dos polos habían girado en el vacío mi juventud y mi edad madura. Pero allí, en mi vejez, me quedaba de pie ante el abismo, calmo, sin temor; ya no huía, no me envilecía. O mejor dicho, no yo, sino el Ulises que yo forjaba...”

Dramático itinerario el de este griego para llegar a expresar su última verdad, su rotundo grito que abarcaría todo el universo. Dentro de ese universo emergió la visión nietzscheana de manera tan decisiva, que Kazantzakis literalmente deambulaba absorto por sus senderos, a la vez que en él mismo maduraban con más amplitud sus proyectos metafilosóficos, *su credo de combate*.

En atención a todo lo anterior, ya sabemos lo esencial que es para Kazantzakis la superación de los falsos paraísos de la esperanza, que empequeñecen al hombre; la transmutación de los propios temores y dudas en mayor amplitud de espíritu; el cobijar un solo sueño de grandeza y proeza para el hombre; la libertad y la lucha como culminación, para que el hombre pueda superarse y optar por lo imposible: todos mensajes de la cuadratura más definidora del *grito espiritual* de Kazantzakis, filósofo y poeta en cuyos cristales del alma está crucificada la palabra *áskesis, ascesis*, como ascenso del hombre más allá de los límites. De ahí la reiterada consideración por el daimon nietzscheico: donde otros perciben gritos de caos, incertidumbre, ruina interior, Kazantzakis descubre unas fuerzas impulsoras capaces de revitalizar la sustancia del alma. Por eso siente, en compañía del *Gran Mártir*, un “alivio trágico” en las proclamas y desafíos que su evangelio filosófico diagnostica: los arrebatos de cólera, las exigencias severas, las “blasfemias” que predica Zaratustra, no son simplemente pensamientos para describir la situación espiritual del hombre y de la vida, sino para hacer tomar conciencia de ella y cambiar así la situación y el sin sentido. A pesar de las limitaciones y peligros en juego, las espirales de la doctrina zaratóstrica constituyeron brillantes reflejos de las semillas ideales que iban madurando en Kazantzakis, a través de *su aspirar, su querer, su luchar, su buscar, su osar...*

Transitemos un momento por un sugestivo paisaje. Releamos unos textos nietzscheicos:

“*Cuando es necesaria la crueldad*. Quien tiene grandeza, es cruel frente a sus virtudes y consideraciones de segundo orden. *Con un gran objetivo*. Con un gran objetivo se está incluso por encima de la justicia, no sólo sobre las propias acciones y los propios jueces. *¿Qué hace a uno héroe?* Hacer frente al máximo dolor y a la máxima esperanza. *¿En qué crees tú?* En que el peso de todas las cosas debe ser determinado de nuevo. *¿Qué dice tu conciencia?* ‘Tú debes llegar a ser el que tú eres’. *¿Dónde residen tus máximos peligros?* En la compasión. *¿Qué amas en los otros?* Mis esperanzas. *¿A quién llamas malo?* A que siempre quiere

avergonzar. *Qué es para ti lo más humano? Ahorrar vergüenza a alguien. ¿Cuál es el sello de la libertad conseguida? No avergonzarse más de sí mismo*”.

“Yo os muestro al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habréis hecho vosotros para superarlo?”.

“Diga vuestra voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!”.

“Te honra el haber buscado la grandeza, pero también te traiciona-dijo Zaratustra. Tú no eres grande...; lo mejor que hay en ti... es que te hayas cansado de ti mismo...”

“¡Qué hay de asombroso en que vosotros que estáis medio truncados, falléis y no acertéis más que a medias! ¿No forcejea en vosotros el *porvenir del hombre*?”.

“Está despierta mi alma, y como yo, honra al sol. Coge la nueva luz con garras de águila. Vosotros sois mis verdaderos animales: yo os amo ¡Pero me faltan aún mis verdaderos hombres!”.

“¡Yo quiero monstruos de fuerza y de amor!”.

“¡Amo su cabeza de toro pero desearía ver además, la mirada de ángel”.

“Mi fórmula para expresar la grandeza en el hombre es Amor fati...¹⁷; no sólo soportar lo necesario y menos aun disimularlo..., sino amarlo”.

“Amo a aquellos que no saben vivir sino a condición del peligro, pues peligrando se superan. El hombre más fecundo y más generoso se sacrifica para que nazca el superhombre”.

“Yo no os aconsejo el trabajo, sino la lucha. Yo no aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Que sea vuestro trabajo una lucha, que vuestra paz sea una victoria!”.

“Que sea vuestro amor a la vida amor a vuestras más altas esperanzas y que vuestra más alta esperanza sea el más alto pensamiento de la vida. Y permitidme que yo os lo diga: Vuestro más alto pensamiento es que el hombre es algo que debe superarse”.

Ahora desde este contacto parcial con el daimon nietzscheico, y de paso sintiéndonos un poco más testigos de la así llamada *tentación-inspiración*, una cosa ya resulta menos inequívoca de imaginar: la transubstanciación que las ideas de Nietzsche pudieron provocar en el alma del escritor cretense. Desde que floreció el profetismo nietzscheico en la mente de Kazantzakis, esos mismos vértigos y aporías, consuelos y éxtasis, brillaron de un modo tal y con tanta vivacidad, que para captar

17 Amor Fati: amor al destino; ni desasosiego por lo que fue en el pasado, ni temor ante la incertidumbre del futuro.

toda la profundidad, toda la continuidad de preguntas y respuestas, habría que francamente situarse entre cielo y tierra: así es de grande la herencia.

La confluencia de sensibilidades y expectativas tomaría tal fuerza y vigor, que nada de extraño resulta apreciar la “intención nietzscheica” con que Kazantzakis quiso modelar a Ulises. Tal es la propuesta, pero ni Zaratustra ni Ulises son la sombra el uno del otro, aunque entre ellos percibamos una especie de *continuidad* de ritmos, estilos y dimensiones con los cuales parecen volcarse puentes hacia lo sobrehumano. Ahora bien, profundicemos un poco más esas huellas zaratústricas para presentir la llegada de Ulises. Zaratustra (Ulises) es el gran portavoz de lo sobrehumano, en donde la grandeza del hombre, a la vez fuerte y sabio, a la vez aniquilador y amante, será el nuevo himno que recorra la faz de la tierra. En efecto, hay que entender que es en función de esta grandiosidad del hombre, misión futura y heroica, que el demonio nietzscheico efectúa una crítica ubicua de los valores tradicionales y contra todo lo establecido. Recordemos que esta faceta crítica y de superación, en Kazantzakis la encontramos reflejada en los grados de la *Ascética*: yo, raza, la humanidad, la tierra. Ambos personajes son críticos y creadores contra los denigradores de la vida y los sentidos; contra los ídólatras y los indiferentes; contra los maestros de pequeñas virtudes; contra los sacerdotes y los temerosos de la vida; contra los transmunistas y despreciadores de los jardines de la tierra; contra los predicadores de la muerte, contra la chusma y la vieja manía de culpar a los otros. Y de la misma peregrinación de Zaratustra-Ulises ha nacido una contrafigura que dice “sí” a la vida, “sí” a la misteriosa fuerza del hombre que no reconoce límites. Ahora ellos predicán:

un elogio de las pasiones y de la sensualidad del mundo;

un elogio de la actitud combativa y del máximo esfuerzo;

un elogio de las naturalezas fuertes, espíritus libres, frente a las multitudes y los azares del destino;

un elogio de los que sienten la vida como una exaltante aventura, llena de riesgos y primicias ennobecedoras;

un elogio a los que buscan superarse a sí mismos y ven en esto la única posibilidad de restituir a la vida su grandeza y al hombre su dignidad;

un elogio a los que ocuparían el lugar de los dioses si sus tronos estuvieran vacíos;

un elogio a los que anhelan la libertad en plenitud, tal como la brisa de cielos diáfanos;

un elogio a los que viven como si fueran inmortales y expanden su corazón con los infortunios de cada día;

un elogio a los que así rezan: “sólo merece la libertad, como la vida, aquel que puede diariamente dominarse a sí mismo”;

un elogio a los que sienten la locura de vivir con toda el alma;

un elogio a los que remodelan a su dios con arcillas de carne y de espíritu.

E) Conservando la justa proporción y la necesaria medida de observadores, se puede hablar en el caso de Nietzsche y Kazantzakis de cierta “gemelidad de almas”. Naturalmente, el sentido de esta impresión queda circunscrito a la de una “fisonomía espiritual” o “daimon esotérico”. En sus escritos, personajes, inquietudes, pensamientos, convicciones, cosmosíntesis, se trasunta una especie de “parentesco” que articula en ellos la presencia de un “diálogo” común. De esto habla nuestra sabiduría popular del lenguaje al decir “cortados por la misma tijera”. Al unísono decimos nosotros: “injetados” por el mismo espíritu, dimensión psíquica, talante, ritmo, disposición personal, sensibilidad vital, en fin, filosofía. Naturalmente, el argumento es simple, puesto que sin un “espejo” común no se podrían compartir visiones, mundos, más aun cuando los rayos recibidos proceden de todas las direcciones: las de la mente y las del corazón.

En un sentido general, este clima de referencia y convergencias entre la personalidad y obra de Nietzsche y las de Kazantzakis - el “sentir análogo”, por así denominarlo -, adquiere cuerpo y presencia en los puntos anteriormente señalados, a saber:

- a) Nietzsche y Kazantzakis son autores que participan a fondo de su época (visión crítica), a la vez que preludian una aurora superior del hombre, (proyectos de grandeza, libertad, etc.);
- b) En principio esa “gemelidad de alma” los predispuso paralelamente para enfrentar sucesivos combates y crisis: a su vez desfilan la bancarrota de la ciencia, la crítica de la civilización occidental y de la perspectiva cristiana del mundo, etc.
- c) Una grieta muy ancha o una fuerte “disonancia” de sus respectivos talentos existenciales hubiera, naturalmente, bloqueado la emulación del uno por el otro; en efecto, una sensibilidad vital de dimensiones inconmensurables entre ambos no le hubiera permitido a Kazantzakis sentirse un “discípulo emocional” del Gran Mártir;
- d) En sus respectivas “plataformas filosóficas”, andamiajes conceptuales, perspectivas de mundo, comparece una amplia gama de pensamientos, ángulos intelectuales, aspiraciones personales,

búsquedas y elementos existenciales que se proyectan y se homologan en torno a ese no idéntico, pero sí equivalente “sentir análogo”, que aproxima sus almas.

A modo de esbozo inicial de la radiación empática suscitada entre Nietzsche y Kazantzakis, hemos dado esta fórmula de un “sentir análogo”; pero tal manera de orientación no excluye, por cierto, el espectro de influencias y estímulos que afectaron a Kazantzakis. Todo lo contrario, pues el enfoque anterior lo prologa y lo predispone. En efecto, la literatura secundaria hace hincapié, de uno u otro modo, en el hecho de ese talante, sensibilidad, que ambos autores compartieron. Desde este punto de vista nos damos cuenta de que la “experiencia nietzscheana”, vivida desde la juventud, tuvo manifiestamente cristalizaciones de influencia, de radiación, en él: una especie de “rocío espiritual” que rozó y marcó las fronteras de su ser. Incluso hablar de la “influencia corrosiva” de Nietzsche ha llegado a ser un tópico reconocido por todos. Tal aspecto lo consigna Bidal-Baudier al señalar que “este encuentro con Nietzsche dilató las fuerzas latentes en él”. Si hubiera sido el caso de que sus naturalezas y sensibilidades hubieran sido dispares, el “acuerdo de ideas”, la simpatía conceptual, habría sido el escenario preponderante de los encuentros entre Nietzsche y Kazantzakis. Además, este último a menudo se autorretrató en imágenes asimilables a las de “doble psicológico” y “discípulo emocional” de Nietzsche. En carta a su primera esposa, Galatea, en 1923, hablándole de su viaje a Naumburg, Kazantzakis le confiesa que estaba conmocionado por el “rostro trágico de este hombre (Nietzsche) que guarda tal afinidad con mi constitución espiritual y corporal”. Conveniente será recordar, asimismo, un episodio que tuvo lugar precisamente en el tiempo en que era alumno de Bergson, cuando el estudiante griego encaminó sus primeros pasos hacia el pensamiento del filósofo alemán. Entonces quedó impresionado por la vida azarosa del errante pensador germano. Comentando esa época de búsquedas y de inquietudes de Kazantzakis, señala Nikos Athanasiou que en definitiva “el pensamiento del Gran Mártir vendrá a revolucionar su alma y dará forma a los impulsos que lleva en sí mismo. El descubrimiento de Nietzsche es lo que va a dejar sobre él árbol en formación una impronta más profunda y durable. Observando al ‘último hombre’, ese hombre apático y satisfecho al cual teme el filósofo alemán, Kazantzakis guarda su espíritu clavado en las profundas fuentes de Grecia. El también rechaza al hombre tal como es - tal como él, el hombre, se cree. El también se atreve a profundizar y ampliar el campo de los posibles”¹⁸.

De momento, centrémonos en el personaje eje de la *Odisea*, Ulises, y abramos el interrogante de ¿con cuáles de los grandes “guías de la humanidad”, venerados

18 N. Athanasiou, op. cit., p. 9.

por Kazantzakis, guardaría estrecha relación la figura de ese “corsario”? Posiblemente las respuestas dadas caminarían próximas entre ellas, al emparentar a aquél con el alma de Don Quijote, con un aventurero como Colón, un vitalista con alegría de vivir como Zorba o también con el espíritu libre, combativo y profético de un Zaratustra. Prevelakis nos informa, por su parte, que Kazantzakis encontró en Zorba - su amigo y compatriota - la ilustración de los preceptos de Nietzsche. Entonces, habría motivos para inclinar la balanza en favor de la identificación Ulises-Zaratustra. Apliquemos brevemente esta respuesta tentativa sobre nuestra auscultación de la multiforme hebra que va desde ese “sentir análogo” hasta las “influencias recibidas”. Pues bien, se trata de reconocer los acordes más sobresalientes del nietzscheísmo despertado en Kazantzakis; y nada más oportuno que simplemente dejarnos temperar, incluso seducir, por el dilatado clima escénico y trasfondo de energías humanas que pueblan la policromática *Odisea*, su obra cumbre. Tras toda esa inmersa galería de personajes, aspectos, y hechos, subyace el estallido de vendavales nietzscheanamente entrelazados. Confluyen la marea del pesimismo nihilista; la insaciable hambre de superación humana; el vitalismo de una nueva fe humana, mítica, heroica, existencial. Respecto de ese “temple”, Castillo Didier ha señalado que la *Odisea* “expresa más que un pensamiento, una manera de enfrentar la vida”¹⁹. Ahora bien, ¿acaso esa manera de experimentar la vida, ese talante espiritual, no rezuma ecos del grito nietzscheano?

La influencia de Nietzsche es evidente a lo largo de todo el corpus kazantzakista, tanto en estilo como en contenido, siendo el más claro ejemplo de esto la *Ascética* y la *Odisea*. En la “monumental epopeya del hombre”, toda la primera parte está gobernada por el negativismo homeopático de Nietzsche, en razón de que el héroe épico arrasa con los decadentes imperios, reyes y dioses, en preparación para una nueva tabla de valores y metas sobrehumanas. La segunda parte refleja una de las más importantes enseñanzas positivas de Nietzsche, la artísticidad de la libertad en el hombre, la exaltación del arte como el libre juego de un espíritu que ya no está constreñido por concepciones logomórficas y fijas acerca del mundo y del propio hombre. Al respecto Nehemas²⁰ dice que el modelo del mundo de Nietzsche, tanto para los objetos como para los individuos, resulta ser el texto filosófico literario con sus respectivos componentes. Su modelo para nuestra relación con el mundo resulta ser la *interpretación*, el libre juego creativo. Tal como un objeto de arte, el mundo y el hombre requieren una lectura crítica y una interpretación de los mismos, una “buena filología”, de manera que pueda ser comprendido y habitable como un experimento de raíces existenciales. La “muerte de Dios” permite que desde la filosofía se niegue que el mundo está sujeto a una intención totalizante de cualquier

19 M. Castillo Didier, “Introducción” a N. Kazantzakis, *Odisea, Obras Selectas*, vol IV, Ed. Planeta, Barcelona, 1975, p. 27.

20 Nehemas, A.: *Nietzsche: Life as Literature*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1985.

dios. Salvo que el hombre mismo quiera autocrearse en lo sobrehumano. Por otro lado, el elemento nietzscheico en *Alexis Zorbas* - otro de sus profetas, - ha sido objeto de considerables comentarios. Así las acciones de este profeta pasan a ser un reflejo directo de la sensibilidad de Nietzsche. Es una especie de superhombre que por naturaleza sabe que no hay ningún universo verdadero, racional, lógico, estático, permanente para nosotros.

En la *Odisea*, Kazantzakis nos ofreció una trágica y cósmica “carta de navegación” del propio hombre, a través de sus incontables esfuerzos y tentativas últimas por orillar su alma en alguna rama firme, antes de tener que bordear la frontera de la nada. Una aventura de dimensiones tan abisales puede parecer un responso insoslayable por el hombre en varios de sus costados. Incluso, en varias ocasiones parece como si el hombre mismo acabara por entrar en el atardecer de un desconuelo sin fondo o en sueños abortados. Pero en la peregrinación del héroe y de sus compañeros, continuada a través de diversos escenarios, se va coloreando una presencia nietzscheica, una “escenografía zaratústrica”, en donde el hombre parece carecer de un ser estable y fijo (ecos del superhombre, posibilidad de que el hombre se supere); y, además, en donde los dioses atávicos han abandonado a los mortales (muerte de Dios, fidelidad a la tierra). Sin ese tipo de hombre disminuido, sin esos dioses, se respira una soledad abismal que a veces aplasta al más intrépido de los hombres. Ulises es un héroe solitario, consciente de su aventura decisiva, pues quiere con su barca interior ir contra la corriente; quiere abarcar la totalidad de la realidad con su voluntad desafiante. Y no puede sentir consuelo alguno, sino con quien - hombre o dios - lo reconozca como tal: una interioridad, una conciencia que busca insaciablemente la superación de sus límites y que se encamina con paso inclaudicable hacia el despertar de lo sobrehumano dentro y fuera de sí mismo. Esa es la odisea subyugante y entusiasta de los que, como Ulises, como Zaratustra, anhelan poner a prueba la resistencia del alma y situarla entre columnas: la del “máximo esfuerzo” y la de la “máxima serenidad”.

Por último, recogemos algunos comentarios críticos que insisten en la hermandad de Ulises-Zaratustra. Kimon Friar señala que “innumerables sentencias de *Así hablaba Zaratustra* pueden explicar diferentes partes de la *Odisea*: ‘Vivid pigrosamente. Levantad vuestras ciudades cerca del Vesubio. Enviad vuestros navíos a mares inexplorables. Vivid en guerra’. ‘Mi razón para la grandeza (del hombre) es el amor fati... no que lo aceptes solamente... sino que lo ames’. ‘Construirás más allá de ti mismo... No sólo extenderás tu ser, sino que lo tensarás’. ‘El que recorre las altas montañas, se ríe con todas las tragedias’²¹. Y algunos versículos de Kazantzakis dicen: “¡Qué alegría oh alma del hombre; oh tigresa compañera, vivir, amar la tierra, mirar la muerte y no temerla”. “Los combatientes

21 Kimon Friar, *I Odisia tu Niku Kazantzaki* La Odisea de Nikos Kazantzakis, Ed. Difros, Atenas, 1958.

no son hombres tristes; no tienen tiempo para serlo. Sufren, sí; sienten dolores atroces, pero no están tristes”. “¡No; no; no reconozcas jamás las fronteras del hombre! ¡Quiebra las fronteras!”

Karl Kerényi destaca en esta obra monumental el epicentro nietzscheano que oscila dentro de la oceánica magnitud de los 33.333 versos. Dice este estudioso: “Quien hace aquí su asombrosa y sorprendente entrada es el *superhombre* en la forma de un pirata sediento de sangre con el nombre de Odiseo. Nada es falso; ni su inclinación hacia Nietzsche, ni su exaltación de la existencia inhumana del pirata” (“más allá del bien y del mal”, como lo expresaría Nietzsche). Y a continuación Kerényi agrega: “Esta es una proclama del superhombre...; esta exaltación, hecha con lenguaje poético, despidе un colosal encanto. Y aquí tenemos la respuesta al porqué. El viaje de Odiseo deberíamos verlo como un itinerario, como una peregrinación superhumana de un desesperado hacia la nada, si no representara la partida del *superhombre*. Todo sería sin medida y sin sentido si en el fondo no estuviera Nietzsche”²². Pero hablar de la influencia del fuego nietzscheano en Kazantzakis ¿es ya suficiente motivo para catalogar a la *Odisea* como un gran incendio zaratústrico?

Nuevamente Friar: “A pesar de que desconfiaba del “intelectual” /Kazantzakis/ aceptó varios aspectos del superhombre de Nietzsche y describió a Ulises como el tipo de aquellos seres superiores que, sin calcular nada, deben llegar a ser pioneros y guiar a la humanidad a la plenitud espiritual...”²³.

Por sobre todas las expresiones singulares de cada una de estas figuras del siglo XX - por ejemplo, las nociones de libertad, ascenso, combate, superación del temor, la llama que devora las entrañas, el ‘Dios combatiente’, en el caso de Kazantzakis -, y a su vez los temas de la pulcritud humana, individualidad triunfal, la artísticidad, lo sobrehumano, la afirmación de la vida, responsabilidad y fidelidad a la tierra, en el caso de Nietzsche; en el fondo, la amplia unidad dada entre estos autores y reflejada en las múltiples nociones que ellos elaboraron, constituyen los filamentos entretejidos de una semejante *plenitud espiritual*, la que es incubada como la más elevada *promesa* hecha sobre y para el hombre.

Finalmente, palpando el sentido de la lucha del “gran mártir”, hablaremos nietzscheanamente sobre Kazantzakis, quien es un verdadero hermano de Zaratustra: “En estos autores hay una especie de proyecto superhumano que consiste en la ampliación de los horizontes antropológicos mediante la acción, la libertad, el ascenso y la grandeza. El vértigo de la libertad también implica una pulcritud en su ejercicio, un arte de ella. En la elección de las acciones o en el combate o el ascenso, el

22 Karl Kerényi, “O Kazantzakis senejístis tu Nitse stin Helada” Kazantzakis continuador de Nietzsche en Grecia, rev. *Nea Hestia*, Homenaje a Kazantzakis, Navidad 1959, p. 97 (Atenas).

23 K. Friar, op. cit., p. 13.

individuo escoge desde luego; pero lo que siempre resulta elegido es él mismo. La libertad se transfigura en autocreación y autodestinyación. Mediante la libertad, el individuo se profundiza y se configura a sí mismo: estar en la acción, combate o ascenso, implica que el individuo -atenazado por implacable llama- se va realizando a sí mismo, en forma de nuevas modelaciones, metamorfosis, transfiguraciones y simbiosis de elementos apolíneos y dionisiacos. Para ambos, la libertad aparece como una *esencia* que florece desde el individuo como tal: un experimento creativo sobre sí. En este sentido, la libertad está en el plano de las conquistas. Nietzsche - Kazantzakis estimula el desarrollo individual de la libertad y también la libertad de desarrollo individual: el filósofo concibe un incremento de libertad experimental-existencial, una profundización de la libertad creativa, una espiral ascendente de libertad metamorfoseándose en las huellas de un individuo verdadero, cuyas pulcras siluetas resultan ser Zaratustra y Ulises. En el vértigo de la plena libertad, se trasluce la radical apertura del individuo al Superhombre. Acción, ascenso, libertad, conducen al hombre ante lo que todavía no es, pero debe llegar a ser: el Superhombre como posibilidad de grandeza individual. El "gran mártir" quiere que ejercitemos y vivamos la libertad de superarnos diariamente: es el mito del hombre prometiéndose libertad creadora, pues a nivel de experimento existencial, el hombre puede instaurar en sí mismo el dorado sello de la *artisticidad*. Liberar es siempre liberar-se; prometer es siempre prometer-se; en fin, prometer-se en el *ahora del combate* la música de la individualidad, la cual danza incesantemente entre la libertad y la grandeza"²⁴.

* * *

24 R. Quiroz Pizarro, *Nietzsche, el gran liberador*, Tesis de Licenciatura, p. 102. (inérita)

ITINERARIO BIOGRÁFICO DE KAZANTZAKIS Y NIETZSCHE

En breve nota biográfica, destacaremos la cronología que muestra la relación del escritor con Nietzsche, hombre y filósofo.

- 1883: Kazantzakis nace en Heraclion, en la isla de Creta bajo la dominación turca, por lo cual tuvo que hacer sus primeros estudios fuera de la isla;
- 1902-1906: Estudios superiores en la Escuela de Derecho de la Universidad de Atenas;
- 1906: Entre marzo y mayo publica en la prensa un artículo titulado **“La enfermedad del siglo”**, una especie de espejo del momento crítico y del nihilismo de la sociedad europea;
- 1908: Ingresa al Colegio de Francia y, junto con seguir las lecciones universitarias del filósofo Henri Bergson, comienza la elaboración de una tesis doctoral, cuyo título será **Federico Nietzsche en la filosofía del derecho y del estado**;
- 1909: Escribe un artículo filosófico titulado **“La bancarrota de la ciencia”**, de contenido muy afín al espíritu demoleedor de Nietzsche;
- 1911-1915: Realiza diversos trabajos de traducción de libros filosóficos y científicos. Da a conocer en Grecia obras de James, Maeterlinck, Darwin, Bergson y naturalmente dos obras fundamentales de Federico Nietzsche: *El origen de la tragedia* y *Así habló Zaratustra*. Traduce un número importante de diálogos platónicos al griego moderno;
- 1918: Viaja por Suiza y tiene oportunidad de recorrer algunos de los refugios donde vivió Nietzsche en ese país;
- 1920-1924: En este período tiene lugar un nutrido intercambio epistolar entre Kazantzakis y su primera esposa Galatea, escritora como él. La publicación de una colección de *Cartas a Galatea*, permite entrever la continua presencia de Nietzsche en las inquietudes de Kazantzakis;
- 1923: Peregrina por Alemania y exactamente el 15 de junio llega a Naumburg, en donde conoce la casa paterna de Nietzsche;
- 1924: A comienzos del año sigue viajando y nuevamente piensa en Naumburg. Anota lo siguiente en su *Cuaderno de viajes*: “Mi corazón se estremeció, porque recordé la pequeña casita esquina donde nació Nietzsche”. En realidad, el filósofo nació en Röcken, pero fue llevado a Naumburg a los cuatro años de edad;

Continúa la elaboración de sus “Cantos en tercinas”, un proyecto literario dedicado a los grandes guías espirituales de la humanidad. Entre ellos figuran Buda, Cristo, Mahoma, Don Quijote, El Greco, Lenin y, naturalmente, Nietzsche. Precisamente los días 2 y 7 de julio de este año se esboza plena de devoción la oración al filósofo, es decir su *Canto a Nietzsche*;

Una mención especial merece el período comprendido entre los años 1924-1938: entre septiembre del 24 y diciembre del 38, transcurrirán 14 años durante los cuales Kazantzakis vivirá por encima del ritmo cotidiano de los mortales y su pasión creativa de dimensión **hiperbólica** sólo puede compararse literalmente a la de un Prometeo inspirado y encadenado a su escritura. Agreguemos a esa magnitud de los 14 años la siguiente acotación de Castillo Didier, “Y de todo su peregrinar, por los mares, por los libros y los hombres, va naciendo la *Odisea*, cuyas siete versiones tomaron forma entre 1924 y 1938”.

A modo de simple ilustración nos quedamos horrorizados al recordar que la última y definitiva versión que Kazantzakis dejara en publicación de su obra *Odisea*, contiene nada menos que la cantidad de 33.333 versos, cifra verdaderamente astronómica en el universo de las letras. Al respecto, digamos que sobre este período de maduración de la *Odisea*, una de las figuras principales es sin duda, la del filósofo Nietzsche y su “profeta” Zaratustra. Finalmente varios críticos y comentaristas subrayan el parentesco filosófico entre el Zaratustra y el personaje central de la *Odisea*; en las palabras y acciones, en los sueños y visiones del Ulises “es posible observar que su **temple espiritual** se hace cada vez más una **escenografía zaratústrica** que avanza gloriosa en las miles de aventuras” que desafían al héroe, y, dándose esta confluencia de matices es que el Ulises “se va transformando en algo diferente de su condición corriente y parece llegar a ser la **corporeización**, la materialización del superhombre, una realización monumental, encantadora, invencible”;

Viaja por Inglaterra; en este escenario, en Londres, escribe varias páginas de rememoración sobre Nietzsche, cuyo aniversario de muerte, el día 25 de agosto, lo hace meditar cada año devotamente. Estas páginas figuran en su *Libro de viajes por Inglaterra*;



He aquí una imagen del escritor, recluido en su casa en la isla de Egina, en 1941, durante la espantosa ocupación Nazi. Su aspecto refleja preocupación y oscuridad en esos años de tanto sufrimiento para el pueblo griego. La carga emocional en el corazón de Kazantzakis parece tan dramática en este contexto que quizás se encuentre meditando en un terrible aforismo de Nietzsche, titulado “El Loco”. Intercalaremos aquí parte de ese texto:

“El Loco”. ¿No oísteis hablar de aquel loco que en pleno día corría por la plaza pública con una linterna encendida gritando sin cesar: ¡Busco a Dios! Como estaban presentes muchos de los que no creían en Dios, sus gritos provocaron risas. -¿Se te ha extraviado? decía uno- -¿Se ha perdido como un niño? preguntaba el otro. -¿Se ha escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado? Y a estas preguntas acompañaban risas en el coro. El loco se encaró con ellos y, clavándoles la mirada, exclamó: “¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir. Lo hemos muerto: vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo pudimos

vaciar el océano?... ¿Vamos hacia adelante, hacia atrás, hacia algún lado, erramos en todas direcciones?... ¿Nos persigue el vacío con su aliento?... ¿No veis de continuo acercarse la noche, cada vez más cerrada?... ¿No oís el rumor de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No percibimos aún nada de la descomposición divina?... Los dioses también se descomponen. ¡Dios ha muerto! ¡Dios permanece muerto! ¿Y nosotros le dimos muerte! ¿Cómo consolarnos nosotros, asesinos entre los asesinos! Lo más sagrado, lo más poderoso que había hasta ahora en el mundo ha teñido con su sangre nuestro cuchillo...”

1955: Finalmente, llegamos al último compás de afinidades y empatías entre el alma madura de Kazantzakis y Nietzsche. Este año comienza a escribir su memorable “Anafará ston Greko”, es decir su *Carta al Greco*, obra que constituye su autobiografía espiritual y testimonial de sus experiencias cumbres y sus muchos combates. De esta voluminosa obra encontramos varios capítulos que manifiestan todo el cariño y la admiración hacia el filósofo alemán. Aquellos textos son elocuente exaltación de la memoria de Nietzsche. Los subtítulos son:

París: Nietzsche, el Gran Mártir; Dionisio crucificado; Eterno retorno; El corazón del hombre y por último *Al borde del abismo*;

1957 Las letras griegas están de duelo, Kazantzakis muere en Freiburg, el 26 de octubre.



Aquí vemos su tumba, severamente sobria, en lo alto de la “Tapia Martinengo”, rodeada de muros venecianos de la fortaleza, el Kastro, hoy Heraklio. Al fondo, se vislumbra la serena figura de Yujta, el antiguo dios petrificado.

Quiénes han peregrinado tras la huella de este profundo escritor, finalmente llegan a acurrucar el alma junto al sagrado promontorio, el cual lanza su **mirada cretense** en dirección de la Grecia inmortal. La imagen es elocuente, entre bloques de ardientes piedras y con una cruz, solitariamente enraizada al postrero adiós que nos dejara Kazantzakis, ahora saludaremos su epitafio desafiadamente nietzscheano. Dice así:

Δεν ελπίζω τιποτα...

Nada espero,..

Δεν φοβουμε τιποτα...

Nada temo,

Ειμαι λεντερος...

Soy libre...

* * *

NIETZSCHE: AN EARLY TEMPTATION

Roberto Quiroz Pizarro

Kazantzakis, poet and thinker, kept a great aim during his life: to follow the example of his admired “guides of humankind” in their attempt of reaching the spiritual liberation and going beyond human boundaries.

In this sense, for Kazantzakis, Nietzsche stood for the print of his own lonely condition of fight and effort.

Plenty of a friendly feeling for the German poet and philosopher, the Greek writer felt himself as a Nietzsche’s “emotional disciple” since his youth.

This work studies the various influences and feelings that existed from an early time between the two thinkers, and, through five chapters, the main aspects of that relationship are analysed

Trad. J. Cristián Castillo